

DE CAJAL A MARTÍN-SANTOS

CARLOS MELLIZO

University of Wyoming

1

A pesar de sus constantes ataques a la manía enciclopédica, Cajal fue, a su modo, un enciclopedista. Sus altamente especializadas investigaciones en el campo de la histología nerviosa —labor que dio al sabio fama y prestigio universales— no le impidieron el ejercicio de otras actividades extrañas a la medicina y a la biología.

En un amplio sentido, y al margen de todo lo demás, puede hablarse de un Cajal escritor, bien dotado para el ejercicio de las letras, con preocupaciones humanísticas de alto vuelo, y con una ideología reformista que ha quedado reflejada en muchas de sus obras.

La producción literaria de Cajal la componen media docena de libros, en su mayor parte de carácter autobiográfico y ensayístico. Fue autor, además, de numerosos artículos. Tenía Cajal una íntima vocación de narrador, y durante una época de su vida se empeñó en la composición de novelas, novelas cortas, parecidas en su concepto y en su ejecución a lo que hoy llamamos literatura de ciencia-ficción, generalmente portadoras de un mensaje pedagógico o moral ilustrado con ejemplos imaginarios, con fantasías surgidas de sus trabajos de laboratorio y, según confesión propia, de sus lecturas de Verne, autor de gran popularidad en su época.

Casi estrictamente contemporáneo de Valle-Inclán y de Unamuno, su experiencia nacional fue idéntica a la de los bien conocidos

pensadores y ensayistas españoles de la generación del Desastre. Ello explica que la preocupación central —no la única— del Cajal escritor fuese precisamente la de los males de la patria (difícil sería encontrar en toda la historia española hombre más patriota que él), a los que siempre quiso dar solución urgente y definitiva. A nadie que haya leído sus obras le habrá pasado inadvertida la circunstancia de que la motivación principal de sus investigaciones científicas fue de un carácter *patriótico*. Los móviles desinteresados del saber, aunque presentes en su labor, tienen en Cajal mucho menos peso que el acicate de la fama personal y, sobre todo, del prestigio nacional. Sin el ferviente deseo de dar a España, a través de su persona, un lugar comparable al alcanzado por otras naciones europeas en el campo de la actividad científica, su esfuerzo no sería comprensible. Su obsesión constante y, en su caso, fecunda, fue la de redimir en lo posible la tan proclamada inferioridad hispánica ante la ciencia. Su triunfo como histólogo surgió no tanto de su curiosidad científica como del sufrimiento producido por la viva conciencia del humillante retraso de su país en las faenas de la investigación positiva.

La función catalizadora del dolor físico y del sufrimiento moral, que Cajal subrayó en infinidad de ocasiones, fue por él experimentada con creces. «Oh qué gran despertador de almas es el dolor» —nos dice—. «Comparable a enjambres de nocturnos *noctilucos* cuya fosforescencia se exalta al choque de la hélice del navío, las perezosas células cerebrales sólo encienden su luz bajo el látigo de las emociones penosas»¹. La cita, ejemplo mínimo entre otros muchos que coinciden en lo mismo, tiene el valor testimonial de haber sido escrita por un hombre cuyo paso por el mundo no estuvo exento de tragedias personales, de frecuentes desengaños.

Con su bagaje de experiencias, y en momentos especialmente difíciles para la España que le tocó en suerte, no es extraño que Cajal estuviese penetrado, como casi todos los hombres inteligentes, de un sentido pesimista de la vida. Pero a diferencia de otros pesimismos paralizadores y estériles, el suyo fue, como quedó apuntado por uno de sus discípulos, un pesimismo creador, aferrado a la realidad y sordo a la vanagloria². Y hasta en sus consideraciones

¹ «Psicología del Quijote y el Quijotismo», *Obras literarias completas*, Aguilar, Madrid, 1947, p. 1287.

² Véase G. Marañón, *Cajal, su tiempo y el nuestro*, Espasa-Calpe, Madrid, 1951, pp. 65 y ss.

sobre la vejez, de no poca amargura, hay siempre un mensaje de esfuerzo renovador. Dice Cajal en la última página de los *Recuerdos*³, ya en el ocaso de sus días:

Somos otros, y acaso peores, porque lo ganado en experiencia lo hemos perdido en entusiasmo y fe. Como todo anciano siento yo también todas las envenenadas mordeduras del corazón y del cerebro. Son aldabonazos del tiempo, devorador implacable de la vida. Pero ni quiero ni debo cejar en mis empeños (p. 352).

Recordemos también los párrafos introductorios de *El mundo visto a los ochenta años*⁴. Una vez más, su carga de tristeza termina por resolverse en dictamen de generosa esperanza:

Hemos llegado sin sentir a los helados dominios de «Vejecia», a ese invierno de la vida sin retorno vernal, con sus «honores y horrores», según decía Gracián. El tiempo empuja tan solapadamente con el fluir sempiterno de los días, que apenas reparamos en que, distanciados de los contemporáneos, nos encontramos solos, en plena supervivencia. (...) Preguntará acaso el lector qué me propongo demostrar en el presente libro. Ya el título prejuzga la respuesta. Cotejar dos estados sociales separados por un intervalo de sesenta años. Este parangón es peligroso, porque el anciano propende a enjuiciar el «hoy» con el criterio del «ayer». He procurado, empero, huir en lo posible de este escollo. Se podrá advertir que si flagelo vicios evidentes del pensar y del obrar contemporáneos, reconozco también las excelencias incontestables de las costumbres y aspiraciones de la juventud. En estos últimos cuarenta años, pese a guerras monstruosas y a nacionalismos exasperados, la Humanidad civilizada ha progresado más, sobre todo en el terreno de la ciencia y de sus aplicaciones a la vida, que durante todos los siglos precedentes (pp. 289-291).

Repitámoslo: la idea que, formulada de diversas maneras y aplicada a diversas circunstancias, reaparece una y otra vez en su obra literaria y constituye la guía fundamental del pensar cajaliano es ésta: que la supervivencia y el perfeccionamiento de los individuos y de los pueblos no surge de la satisfacción producida por el logro

³ *Recuerdos de mi vida: Historia de mi labor científica*, 3.ª ed., Alianza Editorial, Madrid, 1981.

⁴ *Obras literarias completas*, Aguilar, Madrid, 1947.

sistemático, sino, muy al contrario, del sufrimiento. El síntoma que sirve para diagnosticar la decadencia de una raza o, simplemente, de un hombre, es el de no poder o no saber encontrar en el dolor —sin dejar por ello de sentirlo— un germen de signo positivo. Esta doctrina, de raíz estoica, no es nueva. Pero tiene un especial valor de actualidad aplicada a un pueblo que, como el español, tiende todavía a deleitarse en sus desgracias. Así lo vio Cajal.

Se ha escrito tanto sobre lo que significó para España la filosofía nacional de los hombres del Noventayochto, que no sería permisible insistir en ello una vez más. Fueron los noventayochistas, y quienes les precedieron —Cajal, Costa—, individuos contrarios a la escéptica dejadez y, pese a las apariencias, ajenos a la fruición masoquista. El caso de Baroja —inimitable por tantísimos motivos de otra clase— no deja de ser una excepción, quizá porque en Baroja todo es excepcional.

Es improbable que las generaciones españolas posteriores al Noventayochto —siempre, claro está, con las inevitables, a veces ilustres anomalías de rigor— hayan sabido entresacar de aquel legado la lección fecunda y constructiva que comporta. Para decirlo de otra manera: si al Desastre colonial le siguió un afán renovador, consciente de la herida pero empeñado en poner los medios para cicatrizarla, a la tragedia del 36 siguió otra cosa enteramente distinta: el vano triunfalismo de los vencedores, y la en muchas ocasiones estéril frustración derrotista de inconformistas y vencidos. Quizá el error de muchos intelectuales de izquierda, víctimas del franquismo, fue el de ignorar que a la atroz mesocracia mostrenca y atildada no se la combate desde la negación destructiva y estéril, sino desde la distinguida soledad. Desde la soledad creadora.

No se pretende aquí vindicar antiguas beaterías. Sólo quiere sugerirse que el síndrome autodestructivo y la escéptica dejadez son las dos grandes tentaciones del inconformismo. El magisterio de Cajal se opone a ambos extremos con igual intensidad, y no por ello nos sería permisible tildarlo de reaccionario. No debe olvidarse que los adversarios de Menéndez y Pelayo izaron en su día el nombre de Cajal como bandera de combate para dar una nueva orientación al pensamiento ibérico⁵. Puede hablarse de un escepticismo cajaliano, pero únicamente en el sentido preciso que tiene esa pa-

⁵ Véase Joaquín Iriarte, «El sentido filosófico de Cajal y su visión del mundo», *Razón y Fe*, 649 (1952), 120.

labra cuando es empleada en su acepción más noble. La fecunda vía escéptica ha tenido siempre dos fases: la de aprender a dudar, y, posteriormente, la de dar a esa duda una modalidad que no es irremisible, sino que se torna en criticismo restaurador. Son, para expresarlo con el lenguaje de la antigua epistemología, la *doctrinae pars destruens* y la *doctrinae pars instaurans* que constituyen la dialéctica del verdadero pensamiento original. El sano escepticismo es la condición previa de toda genuina averiguación. Pero el escepticismo por el escepticismo, tanto en el orden de las ideas como en el de la conducta, es tan pernicioso como la esclavitud dogmática.

Intentemos observar ahora el «pensamiento literario» de Cajal más de cerca, poniéndolo en relación con uno de los ejemplos más característicos de la literatura española de posguerra que, por obvias razones, es aquí de obligado recuerdo.

2

La asociación entre la Literatura y la Medicina es algo con lo que estamos hoy plenamente familiarizados. Dentro y fuera de España son numerosas las obras de ficción que de algún modo están relacionadas con la enfermedad, ya como realidad que afecta físicamente al individuo, ya como símbolo que sirve para expresar la verdad metafísica de la condición humana⁶.

Este tipo de literatura, susceptible de múltiples variaciones, tuvo en Cajal a uno de sus principales pioneros. Sus *Cuentos de vacaciones*, compuestos hacia 1885, son cinco relatos filosófico-científicos que dan acogida a una serie de «lucubraciones más o menos extravagantes» y que «representan desahogos o compensaciones dinámicas de un espíritu fatigado por veinticinco años de disciplina y labor científica»⁷. En un amplísimo sentido, son cuentos «médicos»; y aunque no hacen de la enfermedad el asunto central que justifica argumentalmente la narración, sí hacen de la Medicina y de sus afines el instrumento primordial que posibilita su concepción y su desarrollo⁸.

⁶ Sobre este tema, véase Felipe Mellizo, *Literatura y enfermedad*, Plaza & Janés, Barcelona, 1979.

⁷ *Cuentos de vacaciones: Narraciones pseudo-científicas*. Advertencia preliminar. En O.L.C., p. 674.

⁸ A los *Cuentos de vacaciones* ha dedicado D. J. O'Connor un artículo del mayor interés, en el que se expone la historia editorial del libro y las razo-

Escritas como pasatiempo, en tono desenfadado y humorístico, estas fábulas contienen, sin embargo, ideas importantes, netamente cajalianas, que contribuyen a ilustrar algunos rasgos esenciales del pensamiento del autor. Dos de estos relatos destacan sobre los demás:

En «El fabricante de la honradez»⁹, el doctor Alejandro Mirahonda (pronto reparará el lector en el simbolismo del apellido), español educado en Alemania y Francia, discípulo de los sabios hipnólogos Bernheim y Forel, se establece en el pueblo de Villabronca con el propósito de llevar a cabo un experimento singular. Maestro en las artes del hipnotismo, hace que el pueblo, conocido por su belicosidad y por su falta de morigeración, sea transformado por una paz hipnótica que lo libra de toda pasión, de todo impulso agresivo y de todo desorden. La «vacunación moral» a que son sometidos los habitantes de Villabronca tiene como resultado la educación de la voluntad colectiva. Partícipes de aquella «comunidad de la virtud», los golfos, calaveras, borrachos y jugadores del vecindario dan pronto pruebas del más sincero arrepentimiento. Al principio, todos parecen estar satisfechos con los resultados del milagroso experimento. Pero a los pocos meses de calma y bondad absolutas, caen en la cuenta de que los resortes del mal, de la disensión y del dolor, eran necesarios para combatir la desidia, el tedio y el aburrimiento. Claman los vecinos de Villabronca porque se les devuelva a su estado de malicia natural. Mirahonda accede a su petición, y es cosa de ver cómo los antiguos pecados de las gentes del pueblo afloran de nuevo con renovado ímpetu de gozoso desenfreno: «La esposa del síndico, sorda durante un año a la tentadora sugestión del capitán, se abandonó al impudor con tal descoco, que la intriga fue rápidamente descubierta» (p. 742); «con general sorpresa se supo que la casera del cura, robusta y frescachona aldeana, se había escapado con el sacristán, quien para preparar la fuga y poner-

nes que aconsejaron a Cajal no poner a la venta una primera, muy reducida impresión de la obra, firmada con seudónimo y aparecida en 1905. Es sabido que Cajal atribuyó su prudencia a los posibles defectos literarios de esas narraciones, a sus «máculas de pensamiento y estilo». O'Connor ve en aquella primera autocensura cajaliana un trasfondo más grave: el temor a que ciertas ideas biológico-filosóficas contenidas en los relatos pudieran comprometer las empresas estrictamente científicas de su autor (D. J. O'Connor, «Science, Literature and Self-Censorship: Ramón y Cajal's *Cuentos de vacaciones*», *Ideologies and Literature*, I, 3, otoño 1985, pp. 99-122.

⁹ *Cuentos de vacaciones: Narraciones pseudo-científicas*, ed. cit., pp. 715-716.

se a buen recaudo, limpió en una hora los cepillos de las ánimas, vendió de una vez el aceite de las lámparas y arrebató inestimables joyas largamente codiciadas» (p. 742); «en las tabernas, abiertas ahora toda la noche, hormigueaban borrachos y camorristas. Solamente en tres días ocurrieron cuatro asesinatos, diez heridas graves y una infinidad de ataques a la propiedad» (pp. 742-743).

Alejandro Mirahonda huye del pueblo, y en carta dirigida a la *Zeitschrift für Hypnotismus*, expone las ideas que le han venido sugeridas por todo el asunto: sería, ciertamente, posible lograr la hasta entonces irrealizable utopía de llevar a cabo una «ortopedia mental capaz de corregir las aberraciones funcionales del cerebro» (p. 743); la «fisiología, asistida por los métodos de la hipnología psicofísica (es posible que) aniquile o reduzca a un mínimo despreciable los impulsos antisociales, inaugurando una era de paz y de relativa bienandanza» (p. 743). Sin embargo, prosigue Mirahonda en su informe, «un poco de dolor y de miseria social parece indispensable: templar los caracteres, aguza el entendimiento, destierra la molición, crea el heroísmo y la grandeza de alma; mejora, en fin, moral y físicamente, la raza humana» (p. 744). Hay, sí, la necesidad de controlar el desorden para que éste no dañe al progreso; pero la sugestión política y moral —y aquí se dirige Cajal, sirviéndose de Mirahonda, a los políticos y a los predicadores— «no deberá ser tan débil que no refrene y contenga a los pobres de espíritu, y salvajes de voluntad, ni tan enérgica e imperativa (...) que menoscabe y comprima en lo más mínimo la personalidad ética e intelectual de los impulsores de la civilización» (p. 746).

De intención filosófica semejante es «El pesimista corregido»¹⁰. Su protagonista, Juan Fernández, también es médico. Hombre sumido en un pesimismo profundo al reparar en las limitaciones de su entendimiento, en su incapacidad para comprender la causa última de los fenómenos, se lamenta de no poder prevenir a la humanidad de todos los males ocultos que la achacan. ¿Para qué escribir? —se pregunta el desolado Fernández—. «¿Por ventura puedo modificar el curso del mundo, detener la marea del protoplasma imbécil, ciegamente precipitado en el abismo del dolor y de la muerte?» (p. 808). Dirigiéndose en febril monólogo al Motor del Universo, le plantea las grandes cuestiones irresolubles: «¿Por qué has creado los enemigos de la vida, las insidiosas y crueles bacterias

¹⁰ *Ibid.*, pp. 803-852.

patógenas? ¿Qué falta hacían en la economía del mundo? (...) ¡Si para preservarnos de tales riesgos contáramos con agudeza visual suficiente para percibir los gérmenes virulentos; sentido olfatorio capaz de resguardarnos de los inodoros gases tóxicos; aparato gustativo tan previsor que nos revelara la presencia de alimentos y bebidas de *ptomainas* y venenos! ¡Buenos están nuestros sentidos y esa humana inteligencia, de la tuya reflejo, al decir de cándidos filósofos! ¡Ventanas del alma abiertas a un negro abismo son ojos y oídos!» (p. 810). Prosigue Juan Fernández en sus lamentaciones hasta que un trueno fragoroso las interrumpe, y de la luz del relámpago surge la sombra de un anciano venerable que resulta ser «el numen de la ciencia», personaje destinado a iluminar los entendimientos y a endulzar el triste sino de las criaturas vivientes. Como en el caso de Mirahonda con el pueblo de Villabronca, el numen de la ciencia realiza en Juan Fernández el inconcebible milagro. Le explica, primero, que esas bacterias tan abominadas por el buen médico, esos males recónditos y faltos de solución desempeñan una misión trascendental en la economía de la Naturaleza; que «merced a su capacidad para vegetar en los organismos débiles y degenerados, corrigen la disonancia, la imperfección o incongruencia de las formas superiores y evitan, por ende, que la evolución animal se pierda en la degradación y en la impotencia» (p. 817). A continuación, le dice que si los microbios son invisibles, no es ello debido a la perfidia del Motor del Universo, sino más bien a un acto de caridad, perpetrado con el fin de que la presencia de tan severos ejecutores de la divina justicia no perturbe la razón del hombre y engendre en él el tedio de la existencia. En el fondo, concluye el misterioso personaje, es mejor que el hombre viva sumergido en la limitación y en la ignorancia. Y para probarlo, dota a Juan Fernández, durante el plazo de un año, de una visión penetradora: los ojos del pesimista se transforman en potentes microscopios capaces de diferenciar objetos bajo fracciones angulares casi infinitesimales. Juan ve entonces el mundo tal y como es en sus entresijos; goza, al fin, de la virtud conocedora que tanto echaba de menos, pero sólo para darse cuenta de que no está preparado todavía —como no lo está tampoco la especie humana— para aceptar las profundas verdades de la Creación. Cuando al cabo del año vuelve a su estado normal, su pesimismo gnoseológico se ha corregido; vive una existencia serena, acepta el error y la ignorancia de sus prójimos, y admite de una vez por todas que las limitaciones

del hombre responden a un plan de previsión social en beneficio de la utilidad colectiva y del progreso paulatino y organizado.

Es obvio en ambos cuentos la intención filosófica de Cajal, su doctrina positiva acerca del mal y del dolor como elementos necesarios para la actividad de los hombres. Ya se trate de miserias físicas y morales, o de insuficiencias de orden cognoscitivo, todo ello cuenta en el desarrollo y avance de la humanidad. La consecuencia lógica de estas cortapisas no es el abatimiento ni el abandono, sino, muy al contrario, la voluntad de paciente lucha por la superación.

3

Estas novelas cajalianas son hoy, en lo que se refiere a su hechura literaria, de escasa actualidad. Pero su lectura, habida cuenta la idea maestra que las orienta, es fuente de algunas sugerencias. No ha habido en los años de posguerra obra de ficción española debida a la pluma de un médico, que haya alcanzado mayor difusión y elogio que la novela *Tiempo de silencio*¹¹, de Luis Martín Santos —prematuramente fallecido en 1964—. Aunque es obvio en la narración el recurso a Cajal para dar, irónicamente, todo el énfasis necesario a las intenciones últimas de Martín Santos, no creo que esta circunstancia haya sido suficientemente comentada.

La novela, cuyo protagonista es un médico-biólogo que se ha propuesto investigar las mitosis cancerosas en un modesto laboratorio de Madrid, vuelve a plantear el viejo problema, tan cajaliano, de la inferioridad nacional ante la ciencia y de las precarias condiciones en que suelen desarrollarse las actividades científicas españolas. Como es de todos sabido, trata la novela de narrar un fracaso profesional y humano, motivado fatalmente por las circunstancias sociales de una España rufianesca, pobre y, sobre todo, insensibilizada ante los esfuerzos minoritarios por llevar adelante las faenas de la investigación.

No hace falta señalar que el mensaje del libro de Martín Santos es enteramente opuesto al que Cajal se empeñó una y otra vez en dejar en claro. Y aunque la figura de Cajal es invocada por el autor

¹¹ Citaré de la 8.ª ed., Seix Barral, Barcelona, 1971. (Todos los subrayados son míos.)

repetidas veces en el umbral de *Tiempo de silencio*, su ejemplo se nos presenta como caso inimitable, quimérico, como pura excepción confirmadora de la frustración insuperable a la que está sometido el investigador español, siempre a contrapelo de una hostilidad circundante —ignorancia, trapacería, oportunismo— que acaba por asfixiarlo.

Recordemos brevemente la peripecia.

En los comienzos de la novela, don Pedro, el protagonista, repara en que se han agotado las cobayas de la cepa MNA, necesarias para el buen éxito de su trabajo. Todo es sórdido en el laboratorio donde don Pedro trata de llevar a cabo sus estudios, como sórdidas son las reflexiones a que da lugar la desaparición de las famosas cobayas:

Sonaba el teléfono y he oído el timbre. He cogido el aparato. No me he enterado bien. He dejado el teléfono. He dicho: «Amador». Ha venido con sus gruesos labios y ha cogido el teléfono. Yo miraba por el binocular y la preparación no parecía poder ser entendida. He mirado otra vez: «Claro, cancelosa.» Pero, tras las mitosis, la mancha azul se iba extinguendo. «También se funden estas bombillas, Amador.» No; es que he pisado el cable. «¡Enchufa!» Está hablando por teléfono. «¡Amador!» Tan gordo, tan sonriente. Habla despacio, mira, me ve. «No hay más.» «Ya no hay más.» ¡Se acabaron los ratones! *El retrato del hombre de la barba, frente a mí, que lo vio todo y que libró al pueblo ibero de su inferioridad nativa ante la ciencia, escrutador e inmóvil, presidiendo la falta de cobayas (...).* Pueblo pobre, pueblo pobre, pueblo pobre. *Quién podrá nunca aspirar otra vez al galardón nórdico, a la sonrisa del rey alto, a la dignificación (...).* Sí, ya sé, ya. Se acabaron los ratones (...). *Nunca, nunca, a pesar del hombre del cuadro* (p. 7).

Naturalmente, es Cajal, el retrato de Cajal colgado en una pared del laboratorio, quien provoca los amargos pensamientos de don Pedro. A estas primeras consideraciones del protagonista siguen otras muy parecidas:

¿Cómo podremos nunca, si, además de ser más torpes, con el ángulo facial estrecho del hombre peninsular, con el peso cerebral disminuido por la dieta monótona (de) fabes, agarbanzadas leguminosas y carencia de prótidos? Sólo tocino, sólo tocino y gachas (p. 8).

Cuando el perro ha sido operado y se le ha colocado un fémur

de poliestilbeno o polivilino, sufre tanto que demos gracias a que —aquí— las desteñidas vírgenes no cancerosas, no usadas, nunca sexualmente satisfechas, anglosajonas no existen para proyectar el rencor insatisfecho sobre la Sociedad Protectora. De otro modo, no hubiera aquí nunca investigación (...) y *las posibilidades de repetir el gesto torpe del señor de la barba ante el rey alto* serían ya no totalmente inexistentes, como ahora, sino además grotescas. Ya no como gigantes en vez de molinos, sino como fantasmas en vez de deseos (pp. 9-10).

La novela, no sin frecuentes aciertos literarios, pero tampoco libre de argumentaciones inexactas y no poco ingenuas (las desteñidas vírgenes anglosajonas no han constituido serio impedimento para la investigación científica en ninguna parte, ni tampoco es verdad que el ángulo facial del hombre peninsular haya necesariamente de ser más estrecho que el de los individuos de otras latitudes), prosigue hasta su fin previsible: Don Pedro, guiado por su ayudante Amador, entra en contacto con un alimañero llamado Muecas, que le proporciona las cobayas idóneas para la experimentación. Los ratones, robados previamente por el Muecas, se han reproducido entre los cálidos senos de sus hijas y son luego revendidos al laboratorio. Con el Muecas vienen, sin embargo, otros problemas para el joven investigador, quien se ve envuelto en un sucio enredo, pierde toda oportunidad de colmar sus ambiciones profesionales y acaba destinado a una ciudad de provincias, sin perspectivas de realizar jamás la vocación a que había sido llamado. Sumido en profunda desgana, don Pedro sube al tren que habrá de llevarlo a su nuevo destino. Mientras viaja, repasa mentalmente su suerte y se hace una serie de consideraciones que dan trágico significado a la totalidad de la narración:

Pero yo, ¿por qué no estoy más desesperado? ¿Por qué me estoy dejando capar? Hay algo que explica por qué me estoy dejando capar y por qué ni siquiera grito mientras me capan (...) estamos en el tiempo de la anestesia, estamos en el tiempo en que las cosas hacen poco ruido (...). Es un tiempo de silencio (...). Somos mojamamas tendidas al aire purísimo de la meseta (...) es cómodo ser eunuco, es tranquilo estar desprovisto de testículos, es agradable a pesar de estar castrado tomar el aire y el sol mientras uno se amojama en silencio. ¿Por qué desesperarse si uno sigue amojamándose silenciosamente (...)? Estoy desesperado de no estar desesperado (páginas 228-240).

No ofrece *Tiempo de silencio*, novela que ha sido vista como manifiesto de acerba crítica social, resquicio alguno a la esperanza. Sin embargo, releída ahora, lo que puede haber en ella de testimonio y denuncia sociales tiene menos importancia que otras apreciaciones del autor, reveladoras de un tipo psicológico en particular —español en este caso, pero no necesariamente—, de inclinaciones derrotistas y abúlicas. No se trata aquí de resucitar frente al novelista vacías alabanzas al optimismo insustancial y fatuo. Se trata de otra cosa: Quizá una de las tentaciones más características de un espíritu analítico sea la de ceder a la abrumadora evidencia de la incapacidad propia y de los obstáculos *reales* que entorpecen la faena creadora. Pienso que el error de Martín-Santos, en lo que su libro tiene de voluntad dictaminadora, y hasta de condena, es el de asociar ese sentimiento de limitación a un poderoso componente racial, y a otro no menos poderoso: el lastre político y social derivado de un régimen autoritario y nefasto, como de hecho lo fue el franquismo en muchas de sus manifestaciones. Obstáculo de raza, obstáculo de sistema.

Lo más curioso de todo este asunto es que, por fuerza de la semejanza que cabe encontrar entre el don Pedro de la fábula y ese Ramón y Cajal retratado, al parecer inimitable e inalcanzable, llegamos a pensar que Martín-Santos, tal vez por exigencias literarias, rehuye radicalmente otras alternativas que la presencia de Cajal en la obra podía haberle brindado.

Fijémonos en una circunstancia anecdótica, aquí de muy especial interés, registrada en las biografías cajalianas. Siempre con el necesario margen de duda, parece altamente probable que Martín-Santos se inspirase en un episodio de la vida de Cajal para crear la situación novelesca que posibilita todo el artificio argumental de *Tiempo de silencio*. Tiene que ver, naturalmente, con el asunto de las cobayas.

En el libro de Enriqueta Rodríguez *Así era Cajal*¹² hay un capítulo en el que se habla de cómo Cajal se las arreglaba para obtener los animales necesarios para sus trabajos. Quien haya leído *Tiempo de silencio* se sorprenderá ante la cercana semejanza que existe entre el Muecas de la novela de Martín-Santos, y un individuo llamado Francisco Arias que, según testimonio de E. Rodríguez y también, como veremos en seguida, del propio Cajal, se ganaba la vida como

¹² Espasa-Calpe, Madrid, 1977.

proveedor de conejos recién nacidos, de gatas preñadas, salamandras y demás, en el laboratorio de don Santiago. He aquí las descripciones del extraño personaje y de su entorno familiar:

Este hombrecillo tenía la misma edad que Cajal y sufría igualmente de arteriosclerosis, pero no tomó nunca ni una píldora. Se curaba con morapio. Don Santiago admiraba su resistencia física y le ponía siempre como ejemplo de la ineficacia de la Medicina (...). La fisionomía del Ranero era bastante semejante a la de las ranas y salamandras que apresaba en las charcas de los alrededores de Madrid o en el barrio de las latas donde él vivía. Sus manos, hinchadas por el reumatismo, eran moradas como su rostro, hablaba bajito, lloriqueando, pero don Santiago se acercaba mucho a él y le entendía todo perfectamente. A veces, de puro viejo, tergiversaba los encargos. «Pero hombre, si yo le he pedido un conejo de dos meses y me trae usted tres salamandraas!», le espetaba riéndose don Santiago al tiempo que, con su acostumbrada bondad, le ponía en las manos las pesetillas de turno. Seguidamente le preguntaba cómo iba esa salud. (...) De pie, con las manos metidas en el bolsillo del «saco», el gran sabio escuchaba al alimañero contarle los últimos infortunios de su hogar. Sus hijas, traperas, se habían hecho una casa en Cuatro Caminos y le habían abandonado precisamente cuando la techumbre de su «alcoba» se había hundido con las lluvias (pp. 137-138).

La alusión a Arias hecha por el mismo Ramón y Cajal aparece en su obra autobiográfica *Recuerdos de mi vida: Historia de mi labor científica*. Leemos allí:

Según recordará el lector, mis exploraciones en tan cautivador dominio (el estudio de la retina) comenzaron en Barcelona. Mas deseaba yo completar y consolidar mis hallazgos anteriores abarcando con mis observaciones toda la serie de los vertebrados. (...) Por fortuna, en Madrid no faltaba abundante material de trabajo. Al efecto, entablé tratos con un alimañero profesional que me proveyó de *culebras, lagartos, mochueros, cornejas, lechuzas, gallipatos, salamandras, percas, truchas*, etc. vivos (p. 147).

Fácil es darse cuenta de que el tal Francisco Arias distaba mucho de constituir un estímulo deseable en el ambiente en que tuvieron lugar las investigaciones de Cajal. La sordidez de los mundos del Muecas poco tiene que envidiar a la que rodeaba a este alimañero de oficio. Pero lo que aquí importa es que el episodio en

cuestión como otros muchos que tuvieron lugar en la vida de Cajal —algunos de una seriedad implacable, sin el menor resquicio para humorismos de ninguna clase¹³— contribuyen a desmitificar la figura del sabio. Para Martín Santos, ese «hombre de la barba» que el protagonista de *Tiempo de silencio* contempla desde una lejanía que a él le parece insalvable, ha sido transformado por un proceso de mitificación. Y como ha señalado acertadamente Carlos Castilla del Pino, toda realidad mitificada —también la realidad cajaliana— se convierte en algo inimitable y remoto. «Glorificar el mito sirve para no imitarle, porque en el fondo no interesa.» Pero Cajal —y continúo citando a Castilla del Pino— «se preocupó, de modo consciente, de desmitificarse», de «decirnos que era un hombre como cualquier otro y que, por tanto, de cualquier otro hombre, concretamente español, podía desprenderse un trabajador científico que contribuyera al enaltecimiento de su patria»; «que ser científico es, en el fondo, cuestión de proponérselo y nada más»¹⁴. Consejos útiles que, por desgracia, el don Pedro de la novela es incapaz de recordar desde su asiento cuando el tren sube hacia las alturas de El Escorial y puede divisarse al fondo la silueta del Monasterio.

¹³ Uno de ellos: «allá por el año 1878 hallábame cierta noche en el jardín del café de la Iberia, en compañía de mi querido amigo don Francisco Ledesma..., jugando empeñada partida de ajedrez. Cuando más absorto estaba meditando una jugada, me acometió de pronto una hemoptisis. Disimulé lo mejor que pude el accidente, para no alarmar a mi amigo, y continué la partida hasta su término. Con la preocupación consiguiente, retiréme a casa. En el camino cesó casi del todo la hemorragia. Nada dije a la familia; cené poco, rehufé toda conversación de sobremesa y acostéme en seguida. Al poco rato me asaltó formidable hemoptisis: la sangre, roja y espumosa, ascendía a borbotones del pulmón a la boca, amenazándome con la asfixia. Avisé a mi padre, que se alarmó visiblemente, prescribiéndome el tratamiento habitual en tales casos... Naturalmente, mi padre tuvo la cautela de ocultar sus fatídicos pronósticos; pero yo los adiviné fácilmente... Además, un médico rara vez se hace ilusiones sobre su estado. Estaban demasiado frescos en mi memoria los síntomas del terrible mal aprendidos en los libros... ¡Cuánto hubiera yo dado entonces por borrar las nociones científicas aprendidas! ¡Qué pena ser médico y enfermo a la vez!...

Ello es que caí en un abatimiento y desesperanza que no había conocido ni en los más graves episodios morbosos de mi estancia en Cuba... Me era imposible desterrar de mi espíritu la angustiosa idea de la muerte... Consideraba fenecida mi carrera, frustrado mi destino, pura quimera el ideal de contribuir con algo al acervo común de la cultura patria». *Mi infancia y juventud*, O.L.C., pp. 275-277.

¹⁴ Carlos Castilla del Pino, *Cajal: Las razones de un mito*, prólogo a la obra de Enriqueta Rodríguez antes citada, pp. 11-16.